

## **Enrique Nalda Hernández (Logroño, España, 1936–Ciudad de México, 2010)**

*Adriana Velázquez Morlet\**

Hijo de una familia española expulsada de su patria por la Guerra Civil, Enrique Nalda inició su carrera en la arqueología después de haberse graduado como ingeniero y haber hecho una brillante carrera en ese campo. Durante su paso por la Escuela Nacional de Antropología, conoció y estuvo cerca de algunas figuras clave de la arqueología mexicana, especialmente de Pedro Armillas, cuyas aportaciones fueron fundamentales para que Nalda se interesara por el uso de la fotografía aérea en los estudios arqueológicos, así como para reconocer la importancia de los estudios regionales. Como resultado de ese interés, en 1975 presentó la tesis de maestría: “UA San Juan del Río: trabajos arqueológicos preliminares”. De Armillas, Nalda aprendió a cuestionar los mitos sobre la historia del México antiguo y a poner en duda los lugares comunes que frecuentemente se encuentran en la literatura especializada.

A mediados de la década de 1970, los arqueólogos mexicanos debatían en torno a la utilidad de la “nueva Arqueología” en el estudio de lo mesoamericano. Se trataba de un cambio teórico y metodológico que tenía como figuras emblemáticas a Lewis L. Binford en Estados Unidos y a David Clarke en Inglaterra; en este contexto, y derivado de los resultados de sus trabajos en Querétaro, Nalda publicó diversos artículos, en-

tre ellos “La contracción de la frontera mesoamericana” (1976), donde puso en duda la fiabilidad de las técnicas del muestreo en arqueología. Asimismo, más tarde publicó “A propósito de la cerámica Coyotlatelco” (1987), donde analiza la importancia de este tipo cerámico, cuya presencia en contextos arqueológicos teotihuacanos del Epiclásico se interpretó como evidencia de un cambio abrupto en esa ciudad. Ya entonces, Enrique Nalda había externado su interés por los fenómenos de “colapso” y caída de las sociedades mesoamericanas, el cual lo habría de llevar a los estudios que posteriormente realizaría en la zona maya.

Como profesor de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, Nalda continuó trabajando el tema de la frontera mesoamericana a través del proyecto “Lerma Medio”, desarrollado durante los últimos años de la década de 1970. Dentro de este proyecto se realizó el análisis de la región ubicada entre Salvatierra y Acámbaro, Guanajuato, teniendo como resultado el que se produjeran diversas tesis de licenciatura. Avanzando en su interés por el Epiclásico y la caída de Teotihuacan, en la década de 1980, Enrique Nalda trasladó sus intereses al área noroeste de Morelos, a fin de realizar un inventario de asentamientos prehispánicos mediante la interpretación de fotografías aéreas. El registro de estos sitios en los sectores ubicados entre las poblaciones de Yautepec y Yecapixtla, así co-

\* Centro INAH Quintana Roo.

mo entre Hueyapan y Jantetelco, permitió ubicar asentamientos de diversas proporciones, algunos de ellos localizados en los límites del dominio teotihuacano. En el marco de este proyecto, se llevó a cabo en 1982 el proyecto de excavación arqueológica de un pequeño sitio teotihuacano ubicado junto a la antigua ex Hacienda de Calderón, muy cerca de los poblados de Peña Flores y Cocoyoc. Así, a la par que se realizaban los trabajos arqueológicos en Morelos, dos investigadores cercanamente relacionados con Nalda, Giovanni Sapio y Javier López Camacho, iniciaron en 1983 el proyecto Pátzcuaro-Cuitzeo, que se concentró en el análisis espacial de una región ubicada entre los poblados de Quiroga y Erongarícuaro, en la zona tarasca.

Como profesor de la ENAH, Nalda manifestó su interés por mejorar el contenido curricular de las materias de arqueología vinculadas al trabajo de campo, relacionándolas con proyectos de investigación sólidamente definidos. Así, gestionó la creación del Departamento de Investigaciones Arqueológicas de la ENAH (DIAENAH), que por primera vez abría la posibilidad de que la Escuela tuviera un lugar en el Consejo de Arqueología del INAH y que sus proyectos se vincularan más estrechamente al quehacer de la institución. El fuerte debate que generó el DIAENAH en la Escuela, derivado de su estructura innovadora y de su interés por mejorar el nivel académico de los proyectos del plantel, originó su desaparición en 1984. Entonces, Nalda aceptó la Dirección de Registro Arqueológico del INAH y dejó la ENAH, participando únicamente como profesor de las materias de Técnicas Arqueológicas. En esa etapa, dirigió la última fase del Proyecto Morelos, enfocada en el sector denominado “Corredor Sur”, en los límites entre los estados de México y Morelos.

Durante su paso por Registro Arqueológico, y conjuntamente con Javier López Camacho, Nalda sentó las bases del proyecto “Atlas Arqueológico Nacional”, mediante el que se pretendía conformar un inventario del patrimonio arqueológico del país que pudiera vincularse con las tareas de conservación e investigación que de ello se derivaban. Aplicando su experiencia

en arqueología de superficie, Nalda y López Camacho propusieron una cédula única para el registro de los sitios, que permitía avanzar en el proceso de documentar un asentamiento, al tiempo que se reunía información sobre su estado de conservación. Aunque Nalda dejó esa Dirección en 1986 para ocupar la Coordinación Nacional de Centros del INAH, el proyecto avanzó, realizándose importantes contribuciones al inventario arqueológico de los estados de Yucatán, Tabasco y Morelos; en otras entidades se produjeron informes parciales sobre regiones específicas.

Hacia 1988, Enrique Nalda enfocó los intereses de su investigación a la península de Yucatán. Inicialmente buscaba un sitio relativamente tardío que pudiera documentar el llamado “colapso” del Clásico maya y así llegó a Dzibanché, asentamiento al sur de Quintana Roo descubierto por Thomas Gann en 1927, en el que ese médico militar inglés había encontrado una celta de jade con una de las inscripciones más tardías conocidas en la región maya, ya que su fecha se estableció como del 909 d.C. Así, en enero de 1987 Nalda presentó al Consejo de Arqueología un proyecto formal de investigación para iniciar excavaciones en el sitio. En ese entonces consideraba a Dzibanché como un sitio fundamental para entender el tipo de relación existente entre Petén y el norte de Yucatán, que permitiría apoyar la teoría de un repoblamiento después del abandono del área nuclear de Petén. Así pues, veía a Dzibanché en la periferia de ese gran dominio, en un lugar donde podían interactuar los estilos arquitectónicos y donde existían condiciones para estudiar el grado de adaptación y aprovechamiento de los mayas al medio ambiente.

Desde las primeras temporadas, Nalda percibió que la monumentalidad de Dzibanché requería un enorme esfuerzo y muchos años de trabajo. Así, los mayores avances se lograron a partir de 1992, cuando el proyecto se incluyó dentro de un grupo de proyectos especiales financiados por la Presidencia de la República. Durante los dos años de trabajos ininterrumpidos llevados a cabo bajo la dirección en campo de Luz Evelia Campaña (en el Conjunto Princi-

pal) y de Javier López Camacho (en el Conjunto Kinichná), se exploraron y valoraron algunos de los edificios más monumentales del asentamiento, lo que permitió su apertura a la visita. Paralelamente a la gestión de Nalda como Secretario Técnico del INAH, el proyecto Dzibanché avanzó junto con otro, originalmente de menores pretensiones, iniciado en el cercano sitio de Kohunlich, donde años atrás Víctor Segovia había explorado uno de sus edificios centrales, generando la idea de que se trataba de un sitio del Clásico temprano. Los trabajos realizados bajo la dirección en campo de Adriana Velázquez mostraron que era un sitio mucho más complejo, con una fuerte ocupación en el Clásico tardío y con una configuración muy diferente a la de Dzibanché.

Más de 25 años de exploraciones arqueológicas permitieron a Nalda visualizar no sólo a Kohunlich y a Dzibanché como dos entidades independientes, sino a la región sur de Quintana Roo como una zona que nunca fue periférica al dominio de los reinos del Petén. Por el contrario, las investigaciones de Enrique Nalda permiten pensar que esta zona tiene una enorme complejidad, cuya importancia política y económica durante su historia llegaron a ser del mismo nivel que la de sitios emblemáticos como Tikal o Calakmul. Los trabajos que inició en el enorme sitio de Ichkabal en 2009, “la cereza del pastel”, como él decía, le permitieron seguir avanzando sobre las diversas líneas de investigación que trazó a lo largo de más de un cuarto de siglo de trabajo. El conocimiento de la historia prehispánica del sur de Quintana Roo, y de la zona maya en general, no puede entenderse sin los aportes de Enrique Nalda.

